

Teoría desde el sur. O cómo los países centrales evolucionan hacia África

JEAN COMAROFF y JOHN L. COMAROFF (2013).
Buenos Aires, Siglo XXI.
ISBN 978-987-629-262-7



Marcelo Topuzian

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES / CONICET

Sorprenderá quizás a los lectores de *Filología* encontrar entre las páginas de este número la reseña de un libro que consiste, fundamentalmente, en una recopilación de artículos de perfil más o menos etnográfico sobre la Sudafrica contemporánea post-*apartheid*, con oportunas referencias a la flora autóctona e invasora, a la política de identidades y la extranjería, al mundo de la brujería y de los zombis, y a la transformación neoliberal del mundo del trabajo y de la creación de valor y riqueza. Pero lo que sigue –salvando los ecos magritianos– no es una reseña, o al menos no lo es si se la entiende solamente como resumen de los contenidos efectivos del volumen que nos ocupa. Lo que importará aquí será, ante todo, revisar las implicaciones teóricas que, para los estudios literarios y las humanidades en su estado actual, podría tener la reciente publicación de este libro –de autores sudafricanos, pero aparecido originalmente en los Estados Unidos– en Buenos Aires.

Los autores –antropólogos, y por lo tanto particularmente sensibles al carácter concreto, práctico e histórico de las actividades intelectuales– toman como punto de partida lo que consideran la distribución geopolítica intrínseca del pensamiento teórico occidental en las ciencias sociales de los últimos cuarenta años: la distinción entre teoría y dato se ha superpuesto muy fácilmente con la separación de norte y sur, particularmente en el marco de las diversas variantes de las teorías de la modernización y sus presupuestos centralistas, difusionistas y excluyentes, a la par que lineales y teleológicos. El posestructuralismo, a pesar de su parafernalia libertaria, no habría alcanzado a conmovier, aun en las épocas de su hegemonía académica mundial, este modelo de circulación de la teoría –ni siquiera en las elaboraciones alrededor de los problemas de las identidades nacionales y regionales que en la periferia, desde los años 70, se sirvieron de ese paradigma–. Comaroff y Comaroff proponen, en consecuencia, invertir, inicialmente, este estado de cosas, para luego desarmar la dinámica en la que se basa, según un lema deconstructivo bien conocido.

Si, por lo menos desde hace cuarenta o cincuenta años, la modernidad se empezó a comprender como un proyecto mundial –y no meramente europeo-occidental–, pero en el que el adjetivo *mundial* define más un modo de exclusión y subordinación que una generalidad igualitaria, ya es tiempo, sugieren Comaroff y Comaroff, de que las modernidades periféricas vernáculas dejen de concebirse como copias desplazadas, *fuera de lugar* o de segunda mano respecto de las euronorteamericanas, para empezar a ser pensadas, a fondo, en sus propios términos, en su singular originalidad, sin dejar de retener –en esta multiplicidad de modernidades– un momento de unidad, que es, sobre todo, el de la desigualdad global, para no caer en una mera celebración de la diversidad bajo la improbable figura de una *ciudadanía multicultural*, y borrar así las contradicciones flagrantes y el conflicto de soberanías que se da entre ideología nacional de Estado y lo que los autores denominan “id-ología” identitaria (219-223).

A partir de estos principios, la hipótesis central consistirá en afirmar que el sur y la periferia globales –ya imposibles de subsumir bajo las anacrónicas denominaciones de *países subdesarrollados*, *en vías de desarrollo*, o *tercer mundo*– se han ido convirtiendo, en los últimos treinta años, en un verdadero laboratorio de la modernidad, en el que es posible atisbar –y, en muchos casos, delinear de manera particularmente diáfana– procesos históricos (sobre todo de carácter económico-productivo) que luego se manifestarán con fuerza en el norte –el libro toma, en este sentido, oportuna nota de la crisis iniciada en 2008. Precarización laboral y urbes elitistas ultramodernas –arquitectónica pero también financiera y socialmente–; innovación productiva –a través de la descentralización de la manufactura, la inventiva de las economías informales y la institucionalización de lo *trucho*, y la *producción inmaterial*, los usos comerciales de la etnicidad y el turismo– junto a nuevas formas de empobrecimiento; medialización generalizada de la política y eclosión de nuevas multitudes; todas definen una estructura del movimiento contemporáneo

del capital que ya está alcanzando también sus viejos centros geográficos de poder. La explicación de Comaroff y Comaroff es, sin dudas, economicista, pero, a la inversa de los presupuestos desarrollistas, sostienen que para encontrar plenamente realizado el capitalismo de hoy hay que venir al sur.

De todo esto, nos interesa llamar la atención sobre lo siguiente: los autores sostienen que el distanciamiento y la desnaturalización que impone a la modernidad la perspectiva desde el sur –y, más específicamente, la africana– constituyen hoy una fuente de notable productividad teórica, y no solo un sitio privilegiado para el trabajo de campo, meramente empírico. La reivindicación de este punto de vista “ex-céntrico” aspira a trascender la dicotomía norte/sur específicamente en el plano teórico. A partir de esto, Comaroff y Comaroff derivan dos consecuencias. Una, de espíritu poscolonial, destaca el carácter constitutivamente dialógico, y al mismo tiempo excluyente, del pensamiento occidental y la larga historia de sus *otros* coloniales eminentes (que los autores son capaces de leer incluso en las formulaciones biopolíticas recientes a propósito de la *nuda vida*, que ellos instan a repolitizar a partir de su referencia a políticas de la vida más concretas movilizadas por factores de orden religioso, económico, sanitario, etc.); y también que hoy, por cierto, metrópoli y colonia conviven en cada vez más marcadas contigüidad y mezcla (170-172). La otra –con parciales tonos nativistas– apunta a visibilizar todo un conjunto de tradiciones no centrales de pensamiento –materializadas más en actitudes, prácticas y modos de sociabilidad que en discursos, conceptos o escritos públicos– que suponen enfoques singulares sobre conjuntos ideológicos todavía hoy considerados privativos de una supuesta *cosmovisión euro-occidental*, como los ligados con las ideas de persona individual o de ciudadanía, y que, ante su progresivo desencantamiento y sus recientes usos espurios en la Europa comunitaria y los Estados Unidos, se convierten en acicate intelectual para pensar de otro modo la contemporaneidad global. Además, el complejo atolladero en que se encuentra el modelo moderno del Estado nacional, a partir de su creciente indiferenciación respecto del mercado (son especialmente ilustrativas las páginas que Comaroff y Comaroff dedican a las transformaciones a que la presión del mercado ha sometido nociones y prácticas aparentemente tan consustanciales al Estado moderno como la delimitación y el control de las fronteras, la gestión monetaria del movimiento de capitales, el manejo de la seguridad interior y exterior, el monopolio de la violencia e, incluso, el sostenimiento de una historiografía nacional que hoy tiende a ser sustituida por una política perspectivista

de la memoria [234-235]) ha dado lugar a modalidades alternativas de acción, identificación y movilización política que ya no pueden ser pensadas desde el procedimentalismo minimalista de las teorías de la democracia de sustrato liberal, y que exigen especial consideración de sus “excesos” privilegiadamente imaginarios (264-265); en esto también, en la última década, el sur se ha anticipado al norte, aunque poco avancen los autores, quizás demasiado cautos a este respecto, sobre la viabilidad y el sentido de los modelos alternativos respecto del neoliberalismo y la globalización financiera que se han gestado o propiciado desde algunos Estados nacionales, especialmente en América Latina.

Pero ¿por qué “teoría”, y no antropología, economía, sociología o incluso crítica “desde el sur”, todo lo cual valdría también para describir este libro? ¿Y de qué teoría se trata? ¿Política, social, cultural? Los autores parten de la constatación de una verdadera “huida de la teoría” en el mundo académico e intelectual euro-estadounidense, en favor tanto de una reivindicación del empirismo y el realismo, como de una postulación de la ética como última piedra de toque de la actividad intelectual. Frente a este estado de cosas, sostienen, “el sur global [...] no puede darse el lujo de rechazar la teoría” porque solo desde ese lugar le es posible comenzar a cuestionar su lugar en el orden global y también porque –como afirman en el capítulo sobre los efectos del VIH-sida en África del Sur– la debilidad de nuestra teorización de los cambios recientes no quiere decir que estos no nos teoricen a nosotros muy efectivamente (268). Sin embargo, aclaran, no se trata ya de “la gran teoría a la manera de la alta tradición moderna”, y destacan la importancia que lo histórico, lo social y lo fáctico tendrían en esta concepción *sureña* de la teoría, en un verdadero “contrapunto” entre “lo concreto y el concepto” que daría lugar a una “teoría fundada” –es decir, plenamente integrada con la experiencia y la habitación efectivas de un complejo mundo viviente–; resulta ejemplar, en este sentido, el trabajo al que someten las nociones de “estado de excepción”, “vida nuda” y “*homo sacer*” de Giorgio Agamben a propósito del activismo africano contra el sida (285-291). La teoría no se constituye ya como “metarrelato” omniabarcador, pero esto no implica resignarse a una microscopía de la observación empírica. Se trata, entonces, de defender las posibilidades de una abstracción teórica inmanente al campo de la vida social concreta tal como podrían describirla las prácticas etnográficas. Así, un estudio de la vida cotidiana en África del Sur podría proporcionar al investigador intuiciones similares a las reivindicadas por los teóricos euro-occidentales posmodernos; no sería

ninguna novedad allí, por ejemplo, la idea de una subjetividad en devenir, por mencionar un ejemplo más o menos trivial, ni la postulación de modalidades alternativas de agrupación y organización social.

Sin embargo, por momentos los llamados a no confundir, en las ciencias sociales, lo empírico con el empirismo ni el trabajo teórico con el teoricismo (86) parecen reducir las apuestas teóricas de este libro a una cuestión de mera escala o proporción: todo, pero en su justa medida. Pero, por otro lado, cuando se propone rastrear con cuidado minucioso el hilo político concreto que cose historia y metafísica (282-284), destellan las posibilidades que aún hoy se abren para el pensamiento teórico. Lecciones como esta se revelan muy pertinentes para unos estudios literarios, como los actualmente dominantes, que

creen poder prescindir de la característica pregunta teórica *¿qué es la literatura?*, la cual sigue siendo quizás, todavía, la modalidad más concreta de nuestra relación con los textos literarios. El libro demuestra también cómo el creciente interés por los fenómenos transnacionales en las humanidades y las ciencias sociales no tiene por qué coincidir, en favor de una epistemología empirista conservadora disfrazada de vago respeto ético de la diversidad, con un rechazo, por pecados eurocéntricos y abstracción irredenta, de la teoría. Por el contrario, en el espíritu de lo afirmado por los autores, solo una apertura real a la discusión teórica será capaz de poner los estudios literarios a la altura del desafío que supone la relativización de sus marcos de estudio nacionales epistemológicamente naturalizados.

